

9

42-482

PABLO DE CÈSPEDES

APUNTES BIOGRÁFICOS

por el

Dr. D. Ramon Cobo Sampedro,

PRESBÍTERO,

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR DE SAN PELAGIO

Y DIRECTOR

DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE CÓRDOBA.



CORDOBA

Imprenta, librería y litografía de EL DIARIO,
San Fernando 34 y Letrados 18.

1881

6



Propiedad intelectual v. 6
Mayo de 1881.



XIX
2917

PABLO DE CÈSPEDES

APUNTES BIOGRÁFICOS

por el

Dr. D. Ramon Cobo Sampedro,

PRESBITERO,

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR DE SAN PELAGIO

Y DIRECTOR

DEL INSTITUTO PROVINCIAL DE CÓRDOBA.



CORDOBA

Imprenta, librería y litografía de EL DIARIO,
San Fernando 34 y Letrados 18.

1881

R-8892

Al Sr. D. Juan de Dios de
Córdoba

En testimonio de afectuosa consi-
deración y respeto

Benigno Soto
Jaramila

EL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR
D. Fr. Zeferino Gonzalez,

OBISPO QUE FUÉ DE ESTA DIÓCESIS,

cedió el uso de este libro á este Seminario, reservándose la propiedad para sí y para sus herederos.

Imp. del Diario de Córdoba.

Expresion el Arte la más exacta de la actividad humana, ha servido en todo tiempo para conocer á fondo la historia de la humanidad, determinando de la manera más perfecta sus adelantos ó retrocesos, sus conquistas ó sus pérdidas en todas las esferas, y marcando fielmente las vicisitudes por que ha atravesado, y las diferentes tendencias que ha seguido en el trascurso de los siglos.

El Arte es sin duda el punto de enlace entre esos dos mundos, que Dios ha puesto bajo el poder del hombre: el mundo espiritual y el mundo material; poder, que no tiene otro límite que el poder divino, de quien recibe todo su valor y toda su grandeza. Por eso, desde el momento en que ha pretendido emanciparse de su supremo origen para seguir otras inspiraciones, no ha podido menos de empequeñecerse, siquiera haya revestido las formas más seductoras y relumbrantes.

No es el hombre para el Arte sino que el Arte es para el hombre, y el hombre para Dios, que lo formó á su imágen, y que selló su frente con un destello de su luz divina, para que le conociese y le amase. Hé aquí por qué el mejor uso del Arte es ponerlo al servicio de

la Religion, vínculo sagrado que enlaza la tierra con el cielo, la criatura con su Criador, al hombre con Dios.

Tal es el ideal del Arte cristiano, tan cultivado en otro tiempo en nuestra pátria, y del que nos han quedado gloriosos é imperecederos testimonios. España es indudablemente entre todos los pueblos civilizados el que mejor ha conocido el verdadero espíritu del Arte, y el que del modo más sublime ha sabido demostrar todas sus grandezas, legando á la posteridad las obras más eminentes. En todas sus concepciones artísticas predominó siempre el sentimiento religioso, sin que fuera bastante á extinguirlo aun ese tan decantado hecho histórico social, llamado Renacimiento, que aun sometido al criterio más benigno, jamás podrá sincerarse de sus desordenadas tendencias, acusando siempre en todas sus producciones su origen malhadado y el corrompido ambiente que respiró en su cuna.

España procuró espiritualizar, más todavia, procuró cristianizar, si es permitida la frase, las tendencias paganas del Renacimiento, utilizando en favor de su ideal todos los materiales artísticos que aportó á nuestro suelo. El Renacimiento en nuestra pátria, á diferencia de Italia, se sometió á la tradicion religiosa. Sus soberbias alas se abrasaron en los purísimos rayos del amor divino, y sus deslumbradoras formas sometieron á las exigencias de la realidad más sublime; de donde resultaron esas obras admirables tan ricas de creencias, de originalidad, de inspiracion y de atrevimiento, que solo prestar puede la fé creadora, la fé cristiana.

Muchos son los que en España sobresalieron en este género, consagrando toda su vida á este objeto trascendental y benéfico; pero al presente vamos á ocuparnos solo de uno de ellos, el por tantos titulos insig-

ne Pablo de Céspedes, de quien daremos ligeros *Apuntes biográficos*, procurando en honor á la verdad, primera condicion de esta clase de trabajos, limitar nuestra narracion á aquellos hechos que nos constan de una manera indubitada, para quitarle el carácter legendario, que tienen muchas de sus biografías, aun aquellas que han sido recibidas con mayor ovacion por los hombres de letras.

Al grito de religion y patria, que en las montañas de Astúrias diera el gran Pelayo, conmoviéronse los corazones verdaderamente españoles, iniciándose esa epopeya memorable, que empieza en Covadonga y concluye en Granada. Llevados de esos nobles y generosos sentimientos, súbitos se levantan del letargo en que yacian, jurando lanzar de nuestra patria á los enemigos de nuestra fé, y por ende de nuestra grandeza y de nuestra honra. Ocho centurias no son bastantes á extinguir en los habitantes de nuestra patria su valor proverbial, puesto á prueba en los más rudos y desiguales combates. El pequeño ejército cristiano que formó Pelayo fué engrosando poco á poco, y la reconquista hizo surgir reinos y señoríos, sobre las ruinas del islamismo, que arrollado llegó á replegarse al pais por donde entró en nuestro suelo privilegiado, en las últimas centurias de esa brillante página de nuestra historia.

Acompañaban formando parte de las huestes cristianas aquellos héroes, que acreditado habian su fé y su denuedo en anteriores combates, por los que merecieron singulares privilegios y distinciones de parte de los monarcas cristianos.

En el año de 1212, segun la opinion de los críticos más probados, entre los que acompañaron á Alfonso IX en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, figuró en lugar muy distinguido Gutierrez Losada ó Gutier-

rez Céspedes de Losada, tronco de una familia ilustre, que dió á nuestra pátria miembros los más notables y beneméritos.

Victoriosas las armas cristianas, y abierta con esta victoria la puerta de la rica comarca andaluza, sucediéronse nuevos y señalados triunfos, que fueron poniendo en manos de nuestros reyes este pais, donde se atrincheraron los sectarios de la media luna.

Al lado de nuestros gloriosos monarcas entraron en Andalucía campeones esforzados, que ya en otras partes se habian distinguido por su heroismo, y á quienes los reyes concedieron fincas en determinadas partes, con privilegios y regalías singulares, justo premio de su valor y de su denuedo.

Hé aquí lo que sucedió con la familia de los Céspedes, y así se explica su presencia y su arraigo en Andalucía en esta época y en los tiempos posteriores. Esta familia tuvo su casa solariega en las montañas de Búrgos, á corta distancia de Espinosa de los Monteros; (1) pero impulsados de los grandes sentimientos que por entónces animaban á casi todos los españoles, ellos se lanzaban al combate, contribuyendo muy eficazmente al triunfo de nuestras armas, especialmente en la region de Andalucía.

Ya en las primeras décadas del siglo XVI, á poco casi de la conquista de Granada, que tuvo lugar el 2 de Enero de 1492, residia en Córdoba un ilustre individuo de la familia de los Céspedes, D. Francisco Lopez Apon-

(1) "La casa de los Céspedes es cerca de Espinosa, y son los hijos-dalgo de ella de grande antigüedad y suelo, y son Alcaldes los de aquel linage de dos Torres que son en aquellos lugares de Espinosa, que es suya de Juro la pertenencia de ellos," etc. Lope Baylo, Rey de Armas. Lo mismo aseguran Mendez de Silva, Tellez de Meneses y otros varios.

te, el cual disfrutaba en la Catedral, antes Mezquita, consagrada al culto católico por el Santo Rey Fernando III, una prebenda eclesiástica, y que despues resignó en manos de su Santidad á favor de un sobrino suyo, D. Pedro de Céspedes, como consta de los libros capitulares que se conservan en el Archivo de la Santa Iglesia. (2)

Era la casa del prebendado Lopez Aponte residencia de toda la familia. Con él vivia su sobrino Pedro, en cuyo favor renunció su prebenda, si bien con algunas reservas, que le fueron estimadas y canónicamente reconocidas. Tambien en casa del racionero Lopez Aponte habitaban los padres de Céspedes.

Alguna confusion han tenido los biógrafos de Céspedes al determinar esta circunstancia del lugar en que habitaban sus padres, y esta confusion ha llegado á aumentarse en los últimos tiempos, cuando con motivo del ruidoso expediente de las aguas llamadas del Cabildo se han encontrado vestigios algun tanto fehacientes de la casa perteneciente á esta familia, que se hallaba al parecer situada en la primera calleja de la calle Carniceros, á su entrada por la parte de la Santa Iglesia Catedral.

Sin embargo, de los documentos capitulares consta indudablemente que la casa de los Céspedes era la situada por cima de la posada del Sol, en la calle que en Córdoba lleva este nombre; pues en diferentes sesiones se tomaron acuerdos relativos al remanente de aguas de la casa de los Céspedes, que pertenecia al dicho meson, que por entónces era pertenencia del Cabildo.

(2) En el libro de acuerdos capitulares correspondientes á los años de 1530 al 40, aparece la presentacion de las bulas á favor de Pedro de Céspedes y las reservas que se hicieron para su tio al resignar en él la prebenda.

Probablemente tambien seria de esta familia ó perteneceria á la prebenda del racionero Lopez Aponte la otra casa anteriormente citada; pero no hay documento alguno, en él que se justifique de una manera indudable la en que tuviera lugar el nacimiento de Pablo de Céspedes.

Solo se afirma por todos sus biógrafos nació en la casa de sus tios, que era como hemos indicado la residencia de su familia, al menos la que existia en Córdoba por aquella época.

No es menos incierta la fecha de su nacimiento, colocándola unos por el año de 1548 y otros por el 1538. Hemos procurado hacer luz en este punto, y nuestras inquisiciones y escrupulosas investigaciones, despues de haber recorrido uno tras otro todos los libros parroquiales y capitulares, (1) como igualmente sus viajes y producciones artísticas, solo han venido á suministrarnos algunos fundados motivos para decidirnos por la opinion de Cean Bermudez, que fija la fecha del nacimiento de Pablo de Céspedes en el año de 1538.

En efecto, examinando sus diferentes obras, y á su vez los cargos que desde luego se le confiaron, no puede menos de aceptarse esta última opinion; pues á pesar de su precocidad y singulares dotes no era probable se le eligiera para ciertos cargos y oficios, que exigian profundo juicio, gran reflexion y larga experiencia.

Nació, pues, Pablo de Céspedes en casa de sus tios hácia el año de 1538. (2) Fueron sus padres Alonso de

(1) Pacheco asegura vió la luz en 1548: Cean Bermudez diez años antes.

(2) Viardot está conforme con esta opinion, pues asegura en su obra de Pintura vió la luz el año citado en casa de su anciano tio Francisco Lopez Aponte.

Céspedes y Olaya Arroyo, ambos procedentes de la Mancha; natural de Ocaña é hijo de otro Alonso el primero, y oriunda de Alcolea de Torote la segunda, que tuvo por ascendientes á Ciprian de Arroyo y Pascuala Martinez.

Recibió su primera educacion bajo la direccion de sus tios al lado de sus padres, que procuraron inspirar en su tierno corazon los generosos y levantados sentimientos de su linage.

En aquellos felices tiempos no se resentia la educacion de esos lastimosos defectos de que adolece por desgracia en nuestros dias. La madre, que es el primer sacerdote de la familia, no descuidaba un momento para infiltrar en el corazon de sus hijos con pasmosa sollicitud esos sentimientos, que son la base de todo porvenir, la garantía de bienandanza y de acierto en los senderos de la vida, y prenda segura de honrado y verdadero patriotismo. Si, los sentimientos religiosos, que nadie como la madre puede inspirarlos, y que tan dificilmente suelen borrar-se, cuando es la madre la que mezclados con sus cariños nos los comunica é inspira.

Todo contribuia á que la educacion de Céspedes fuese esmerada y distinguida. Nacido en casa de sus tios, personas de gran consideracion y arraigo en Córdoba, relacionados con las familias más ilustres, aun por los vínculos del parentesco, Pablo de Céspedes encontraba por todas partes ejemplos de talento, de virtud y de heroismo.

Las mismas circunstancias en que se encontraba esa ciudad preclara le favorecian muy especialmente. Es verdad que Córdoba no podia ostentar ya aquella deslumbradora grandeza de sus antiguos tiempos; pero aún en sus hijos hervia la sangre de los Sénecas y Lu-

canos, de los Latrones y los Flores, de los Osios y los Alvaros, de los Acisclos y las Victorias, de los Maimonides y los Averroes. La sangre de sus mártires, mezclada con las cenizas de sus sábios y de sus héroes, saturado habia su atmósfera para siempre. Por eso jamás podian faltar génios que la ilustrasen, y no poco notables florecian en Córdoba por entónces, pudiendo citar entre otros á Juan de Mena y Gonzalo de Medina, á Ginés de Sepúlveda y Fernan-Perez de Oliva.

Bajo influencias tan favorables se educó Pablo de Céspedes; y como suelen desde muy temprano revelarse las inclinaciones, aún muy niño manifestó Céspedes sus aficiones artísticas. Es verdad que es muy difícil á los que ven la luz en este suelo privilegiado sustraerse á esas emociones y á esos sentimientos. Fuentes de inspiracion con raudales copiosos brotan en Córdoba por doquiera. Así no es extraño que á Pablo de Céspedes en su raro talento y precoz imaginacion le sucediese aunque en otra forma lo que á aquel escritor romano, que todo lo que intentaba decir se le convertia en versos. A Pablo de Céspedes de cuanto hacia le resultaba una obra artística. Las planas mismas en que escribia, las mismas paredes y aun el suelo servíanle de materia para hacer sus primeros esbozos. •Esos esbozos, á que la inesperta mano con tenaz insistencia daba vida, eran elocuente testimonio de presentimientos enérgicos, que brotaban, como dice uno de sus biógrafos, •(1) en los internos dominios de la conciencia, y que •vertia al exterior una voluntad inconscia, aunque potente. •

El talento y las aficiones suelen revelarse en los

(1) D. Francisco M. Tubino, *Pablo de Céspedes*, obra premiada por la Academia de Nobles Artes de San Fernando.

hechos más insignificantes de la vida, y en los primeros años pasan desapercibidas la mayor parte de las veces circunstancias y sucesos, providencialmente dispuestos, á no dudarlo, para anunciarnos de antemano futuras realizaciones, acontecimientos sorprendentes.

Agotados todos los medios de instruccion de que en Córdoba pudo disponer la familia de Pablo de Céspedes, é iniciado en los primeros conocimientos de Gramática y Humanidades, indispensables para el cultivo de las demás ciencias, resolvieron enviarle á la Universidad de Alcalá de Henares, centro el más importante del saber en nuestra pátria por aquella época.

En 1556, cuando contaba diez y ocho años de edad, marchó Pablo de Céspedes á la Universidad Complutense. Hubo poderosas razones, para que los padres de Céspedes se decidiesen por enviarle á este centro de instruccion con preferencia á otro cualquiera. Aparte de los grandes elementos con que contaba, debidos al gran talento del cardenal Cisneros, y á la especial predileccion que por aquella casa mostraron las clases más elevadas, enviando á sus hijos á recibir la educacion en sus cátedras, que desempeñaban los hombres más eminentes de aquella época, para Céspedes habia otro motivo poderosísimo.

El Cardenal Cisneros estuvo enlazado por los vínculos del parentesco con muchos individuos de esta familia, y debido á esta circunstancia en la Universidad de Alcalá se habían educado algunos ascendientes de Pablo de Céspedes.

En el 1537 ocupó el Rectorado de aquella Universidad Juan de Céspedes, pariente bastante cercano de Pablo, y por el mismo tiempo residia en Alcalá el ilustre prior de la distinguida y notabilísima casa de los Velez y capellan real Pedro de Céspedes. No dejó de

influir en el ánimo de los padres muy particularmente la circunstancia de ser profesores por entónces en aquella Universidad el célebre cordobés Ambrosio de Morales y el no menos ilustre Cristóbal de Loaisa, natural de Ocaña y paisano por consiguiente del padre de Pablo de Céspedes.

Grandes debieron ser los adelantos del futuro racionalero; pues cuando apenas hacia el año de su ingreso en aquella Universidad, ya se le confiaron algunas cátedras. En efecto, consta que sustituyó muchas veces al célebre Cronista Ambrosio de Morales, precisamente cuando asistian á escuchar las lecciones de este gran hombre personas de la más alta posición y talento.

En Alcalá Pablo de Céspedes adquirió cuantos conocimientos se cultivaban en aquella Universidad, aunque con preferencia los teológicos y los artísticos, llegando á graduarse en Artes y Sagrada Teología. Y decimos que adquirió todos los conocimientos que allí se daban, pues á más de la Teología, ciencia tan preferida entónces, y por desgracia tan descuidada ó mirada por los sábios con tanto desprecio en nuestros días, aprendió las Matemáticas y la Medicina, al menos lo indispensable para el desarrollo y perfección de sus aficiones y trabajos artísticos.

En aquella época la Teología ocupaba un lugar muy importante en los estudios, al contrario de lo que sucede en nuestros tiempos. Hoy se dedican muy pocos á la Teología, y los que se tienen por sábios prescinden de ella casi en absoluto.

Desgraciadamente hoy lejos de considerarse á la Teología como el ramo más preferente de los humanos conocimientos, hasta ha llegado á espulsarse de nuestras Universidades en ese afán revolucionario y por ende impio de prescindir de Dios en todas las esferas.

Y como si esto no fuera bastante, queriendo coonestar esta determinacion, con inexplicable falta de verdad se ha pretendido presentar á la Teología como rémora de los progresos y adelantos modernos, ciencia, segun dicen, poco menos que inútil, y á la que solo debe la sociedad algun que otro hospital.

Se olvidan sin duda los que esto afirman que á la Teología es debido especialmente en España el cultivo de muchos ramos del saber humano, de que seguramente carecerían los modernos sábios. Si la índole de estos apuntes nos lo permitiera, haríamos ver que todas esas casas, de donde hoy se espulsa la Teología, deben á esta su origen. (1)

Instruido Pablo de Céspedes en todos aquellos conocimientos, que constituian por entónces en nuestra pátria al hombre científico, deseando ampliarlos resolvió pasar á Roma, que entónces como siempre tantos y tan poderosos atractivos ofrece á cuantos anima un espíritu iluminado por la hermosa antorcha de la fé de Cristo. Roma tenia además para Céspedes motivos extraordinarios, que le decidieron á visitarla.

Sus inclinaciones artísticas reveladas, aunque in-

(1) D. Vicente la Fuente se ocupa de esta materia en los párrafos 217, 218 y 257 del tomo 2.º y 330 del tomo 3.º de su *Historia Eclesiástica de España*.

Meiner dice aunque poco del mismo asunto en su *Historia de las Escuelas superiores*.

Mabillon dá algunas noticias en su prefacio al *Siglo IV benedictino, IX de la Iglesia*.

El trabajo mas completo en este punto es de Juan Launoy, titulado *De Scholis celebrrioribus*, en el que se refiere aquel rasgo verdaderamente heroico de Sto. Domingo de Guzman, cuando estudiaba en la Universidad de Palencia, de vender sus libros y pequeño menaje, dándolo todo á los pobres, que á causa de una gran penuria por que atravesó España eran á la sazón numerosísimos, á lo cual se refiere igualmente el *Cronicon de Trivet*.

conscientemente, aún en los primeros albores de su vida, fomentáronse cada día más, sin que bastasen las pequeñas producciones, que él pudiera ver y estudiar en sus juveniles años, para satisfacer, como dice uno de sus biógrafos, la sed de ideal que sentia. Roma es para el artista la escuela más acabada en todo género. Allí el arte fijó su asiento, desplegando toda la magestad de sus grandezas.

No es estraño, porque en Roma el arte puso los ojos en su verdadero ideal. El arte allí, remontándose en raudo vuelo á las sublimes esferas, con intuicion dulcísima penetró bajo la egida de la fé en las deliciosas mansiones de la eterna é increada belleza.

El deseo de ampliar sus conocimientos y hallar más vasto campo en donde ejercitar su imaginacion, fué lo que le impulsó á hacer su viaje á Roma, excitado indudablemente por el ejemplo de otros muchos españoles, los cuales como Becerra y Berruguete regresaban con multitud de dibujos y vaciados, cópia de las obras más notables, que á su vez servian de modelo á los aficionados y artistas de nuestra pátria.

Algunos creen que, si bien el propósito de perfeccionarse sobre todo en la pintura, fué lo que le movió á ir á Roma, precipitó su viaje una comision, que le dió el arzobispo de Toledo Carranza cerca de la córte romana.

Hay en efecto varios antecedentes de las relaciones que tuviera Céspedes con el arzobispo Carranza, á quien tenia procesado el Santo Oficio por ciertas doctrinas vertidas en un Catecismo que publicó, las cuales, aunque no podian censurarse como heréticas, segun opinaron el célebre teólogo cordobés Fr. Pedro de Soto, confesor de Carlos V y primer teólogo de Pio IV en la tercera convocatoria del Concilio Tridentino, y los pro-

fesores de la Universidad de Alcalá Fr. Mancio del Corpus Christi, Fr. Miguel de Medina, Fr. Miguel de Meneses y el rector de esta Escuela, D. Diego de Sobaños, peritísimos en materias teológicas, eran, sin embargo, inoportunos é inconvenientes, sobre todo si se tenían en cuenta las luchas y frecuentes disputas entre católicos y protestantes que ocurrían por aquella época.

Como otras muchas fechas de su vida, tampoco ha sido posible determinar la en que hiciera su primer viaje á Roma. Las opiniones más autorizadas se inclinan á que este tuvo lugar en el año 1559, precisamente cuando concluía para la cátedra de San Pedro aquella larga série de calamidades que la afligieron, y empezaba con el pontificado de Pio IV una era de paz y de ventura para la Iglesia, y por ende para la civilización y verdadero progreso.

Los que tachan al Catolicismo y al Papado de oscurantistas y retrógrados, sin duda no conocen la historia, ó pretenden hacerla á su antojo, como ingeniosamente ha dicho Campoamor de uno de los más renombrados catedráticos de esta asignatura en nuestra patria. (1) Es preciso ir á Roma para convencerse de esta farsa inventada por los enemigos de la Iglesia. Roma es la ciudad del verdadero progreso, porque es la ciudad de los Papas. Allí las ciencias y las artes se pasearon con majestuoso esplendor por las hermosas sendas que les facilitaran los sucesores del príncipe de los apóstoles, los vicarios del que es la verdad y la belleza por esencia.

La época en que Céspedes debió llegar á Roma, fué sin duda de las más favorables á las ciencias y á las artes. Por entónces florecían en la Ciudad Eterna hombres los más ilustres por su talento y su virtud, como

(1) D. Emilio Castelar.

Cárlos Borromeo, el cordobès Fr. Pedro de Soto y Aquaviva; poetas selectos, como Sperone Speroni, Silvio Antoniano y Palestrina; renombrados artistas, como Volterra, los Zucaros. Barrocio, Vignola, Della Porta, Pirro Ligorio, Anmanati y Vasari, los cuales con solitud pasmosa se apresuraban á recoger las últimas inspiraciones de ese *uomo de cuatro alme*, que encerrado en el Quirinal aguardaba con impaciencia su pos-trer momento, el inmortal Miguel Angel.

Cuando la aurora de ese hermoso dia, que la Providencia deparaba á la Iglesia con el Pontificado de Pio IV, repartía con sorprendente belleza sus variados matices sobre la Ciudad Santa, Céspedes se acerca á sus muros. Lo que sentiria entónces no es posible contarlo á la pluma, y mucho menos á pluma tan mal cortada como la que traza estas humildes líneas. Las emociones que experimenta un corazon católico á la vista de Roma, cuando por vez primera contempla aquella exhuberante naturaleza que la circunda, la imponente majestuosidad de sus cúpulas y de sus torres, de sus cruces y de sus columnas, son indescriptibles. ¡Qué sublimes recuerdos evoca esa grandiosa perspectival

Cuando visitaba á mis dignísimos compañeros, los profesores del Seminario, á su regreso de la peregrinacion á Roma, queria sorprender hasta en su fisonomía esas gratísimas emociones, que sentirian ante los muros de esa ciudad, donde se encierran tesoros inestimables de belleza. Yo mismo he sentido no sé que de entusiasmo al leer y releer las cartas, que sobre el mismo asunto, con tan elevado criterio ha dirigido á nuestro Excelentísimo y Rmo. Prelado el ilustrado Sr. Fiscal eclesiástico de esta Diócesis, Dr. D. Camilo de Palau, con motivo de esta peregrinacion.

Es difícil sustraerse á estas emociones, cuando es-

tán arraigados en el corazón los sentimientos católicos. El nombre de Roma solamente despierta en nuestra alma sentimientos los más dulces y sublimes: ese nombre dice al corazón tanto, que basta pronunciarlo para sentir por todo nuestro ser misteriosas corrientes de suavidad y dulzura: ese nombre es hasta simpático: invertido dice AMOR.

Ah! á qué consideraciones tan elevadas se presta esta al parecer casuística formación del nombre, que resulta de la inversión de las letras que forman el de Roma! Si la índole de este escrito lo permitiera, entraríamos en ellas con el mayor gusto. La aspereza, la barbarie y cuasi embrutecimiento á que el paganismo redujera la ciudad de los Césares, esclavizada, como dice S. Leon, (1) por los errores de cuantos pueblos sometiera á su dominio, trocose bien pronto, merced á las influencias de la religion del Crucificado, en dulzura, en amor, en la caridad más sublime.

Ya en Roma Pablo de Céspedes, se dedicó á ampliar los conocimientos adquiridos, objeto preferente de su viage á la capital del orbe católico, aprovechándose de los medios de instruccion con que allí se contaba. Aficionado desde sus más tiernos años á la literatura clásica, allí en su misma fuente puede decirse saboreó los encantos y bellezas que encierra, sin dejarse dominar de su espíritu pagano.

No consta que asistiera como discípulo á ninguna de las escuelas artísticas que por entónces habia en Roma; pero sí se sabe de una manera indudable, que puso todo su conato en copiar las obras maestras de los dos gigantes del arte en aquella capital, Miguel Angel y

(1) *Cum pene omnibus dominaretur gentibus, omnium gentium serviebat erroribus*,--Serm. I, natal. Apost. Petri et Pauli.

Rafael, ante las cuales se sentia arrebatado con poderoso entusiasmo.

Difícilmente, dadas las naturales dotes de Céspedes, podria permanecer inactivo ante las sublimes concepciones de esos dos grandes artistas. ¿Quién no siente arder en su alma el fuego santo de la inspiracion ante el grupo de la «*Piedad*» realizado por Miguel Angel en la magestuosa cúpula de San Pedro, síntesis, como dice un escritor, de sus sentimientos y de sus creencias, y las sorprendentes pinturas que practicó en la capilla Sixtina? Y dejamos de contar otros trabajos no menos célebres, como el «*Martirio de San Pedro*» y la «*Conversion de San Pablo*», con que enriqueció la capilla Paulina, el «*Moisés*» de la tumba de Julio II en San Pedro «*in Vincoli*» y varios otros importantísimos.

¿Cómo no habia de sentirse tambien fuertemente impresionado Céspedes, al contemplar las singulares obras de Rafael, portentos verdaderamente del arte?

En efecto, Pablo de Céspedes en medio de tantas bellezas, vió crecer en su alma la inspiracion de la manera mas extraordinaria, y se sintió arrebatado en alas del entusiasmo á las sublimes esferas de la concepcion artistica. Empero siempre fijo en sus principios religiosos, si acogia las conquistas técnicas del arte, era para ponerlas al servicio de ese grande ideal, que le hicieron vislumbrar en sus juveniles años sus primeros maestros. Céspedes habia de ser artista cristiano.

Las relevantes dotes de Céspedes le grangearon en Roma numerosos amigos, entre los que figuran en primer término los Zuccaros y el jóven pintor piamontés César de Arbasia, que como Céspedes visitaba esta ciudad movido del deseo de hallar más vasto campo, en que ejercitar sus facultades artisticas.

Estas relaciones le proporcionan por una parte po-

derosos estímulos para adelantar en su carrera, y por otra, provechosas lecciones y ejemplos. Con Arbasia estudiaba hasta amanecerle muchos días, según escribe Pacheco. Los Zuccaros con sus consejos é instrucciones le ayudaban á vencer las dificultades del aprendizaje artístico.

Sus aficiones técnicas no se reducen solo á la pintura. El habia recibido una educacion científica y literaria, que tenia que manifestarse algun día, así como tambien las primeras impresiones recibidas ante las riquísimas joyas arqueológicas, que desde sus primeros años tuvo que admirar, debieron escitarle el deseo de ensayarse en esta clase de trabajos. Céspedes quiso ceñir su frente con los laureles de estas tres nobles artes. En efecto, al mismo tiempo que pinta frescos y copia lienzos, maneja el mazo y el cincel, y se familiariza con los clásicos griegos y latinos.

Después de varias excursiones, que podemos llamar artísticas, realizadas por Céspedes, ora al mediodía, ora al norte de Italia, donde tantos motivos hallaría para ensanchar sus facultades y satisfacer sus aspiraciones, contemplando y admirando las producciones de la escuela napolitana y de la florentina, tan señalada sobre todo esta última por su particular carácter, regresó á Roma, encontrándose con novedades para él grandísimas.

Sus más queridos amigos han desaparecido. Ha muerto Tadeo Zuccaro, y su hermano Federico se ha trasladado á Florencia á instancias del Duque Cosme de Médicis, para concluir los frescos de la cúpula del «*Duomo*,» que su hermano dejó empezados, suspendiéndose en su ausencia las pinturas que él estaba haciendo en Roma. Tambien se encontró con otra novedad para él de la mayor importancia. El arzobispo de Toledo Fr. Bar-

tolomé de Carranza habia conseguido á fuerza de las mayores instancias pasara á Roma su proceso, siendo él trasladado con este motivo á la capital del orbe católico, y puesto á disposicion de la Curia Romana, que le designó para su residencia el castillo de San Angelo, donde Céspedes á pesar de sus tareas artísticas le prodigó todo género de consuelos, haciéndole más llevadera su desgracia.

Por este tiempo y cuando ya Céspedes hacia rápidos progresos en las artes y ensanchaba sus relaciones, familiarizándose tanto con renombrados artistas, como con las notabilidades más eminentes que entónces residian en la ciudad santa, ocupa la silla pontificia por muerte de San Pio V en 1572 Gregorio XIII, el cual, inspirándose en la conducta de sus predecesores, empezó protegiendo las artes y las ciencias. Dispuso al efecto la construccion de una suntuosa capilla en San Pedro, cuya construccion confió á Tomaso de Caballero. Se hizo venir de Florencia á Federico Zuccaro, para que continuase las pinturas que dejó empezadas en el Vaticano. Necesitaba Zuccaro quien le ayudase en esta obra, y llamó á los que más sobresalian por entónces en esta clase de trabajos, entre los cuales fué uno Pablo de Céspedes, su antiguo amigo, cuyas prendas reconocia altamente. No se tiene noticias de sus trabajos en el Vaticano, limitándose los más de sus biógrafos á decir, «que en tiempo de Gregorio XIII pintó en el Palacio Sacro;» (1) pero es indudable que auxilió á Federico Zuccaro entónces, con lo cual se dió á conocer como pintor de reconocido mérito, sobresaliendo en la pintura al temple en sus dos variantes, que se conocen

(1) Pacheco.

con los nombres de *aguazo* y *fresco*, preferida la primera por los flamencos, y la segunda por los romanos, lombardos y florentinos.

Si son desconocidos y no pueden determinarse con exactitud cuáles fueron sus trabajos en el palacio pontifical, hay noticia cierta de otros no menos brillantes. Tales son el fresco con que adornó el sepulcro del marqués de Saluzzo en la iglesia de Santa Maria de Araceli, y muy especialmente los que practicó en la Trinidad del monte, que fueron sin duda los que le dieron mayor nombre. Notables por todos conceptos son los lienzos de la «*Asuncion*» y los de la «*Creacion del mundo y Adan y Eva*» que pintó Céspedes para el frente del altar y sus costados en dicho templo. De no menos mérito son los trabajos pictóricos, que en union de su compañero Arbasia practicó en la bóveda y pilastras del mismo edificio.

No es solo aquí donde se da á conocer por su habilidad en el arte de la pintura; tambien en uno de los sitios más públicos de Roma, en el Corso, pinta con singular maestría la fachada de un gran edificio, al estilo de Peruzzi y Salviati, adornando la decoracion con excelentes historias, cuyos trabajos le merecieron los mayores elogios.

De esta manera se daba á conocer Céspedes como pintor de relevantes dotes, y aventajado imitador de Miguel Angel, objeto siempre preferente de su admiracion. Aquellas facultades, que ya desde su infancia empezaron á manifestarse, habian llegado al completo desarrollo, merced á sus prolijos trabajos y repetidas vigili-
as.

Céspedes habia nacido para artista, y no podia menos de distinguirse algun dia, si sus inclinaciones y aficiones se cultivaban debidamente. La eleccion de estu-

dios, que esten en armonia con nuestras propensiones y disposiciones naturales, contribuye indudablemente á hacer en cualquier ramo los mayores adelantos. Así nos lo enseña la Lógica y aun el mismo sentido comun lo aconseja. Es preciso tener muy presente aquella máxima del preceptista latino «Pensad detenidamente lo que podeis y lo que no podeis hacer.» *Versate diu quid ferre recusent, quid valeant humeri.* (1)

Por desgracia es harto frecuente hoy el olvidar este precepto, y se cree por muchos que esa irradiacion de la suprema luz que alumbrá nuestra alma, brilla siempre y para todos con los mismos fulgores. Aun cuando los campos del alma con el cultivo se hacen más productivos, ofrecen, por decirlo así, idiosincrasias respecto á ciertas y determinadas producciones, que sin saber por qué repugnan y resisten. Si fuera admisible el sistema frenológico de Gall y de Spurzheim, su discípulo, diríamos que hay cabezas, que carecen de órganos determinados, refractarias por ende para aquel ejercicio ó estudio, á que está destinado el órgano que les falta.

Céspedes, repetimos, nació para artista: recibió la educacion que á esta profesion le preparaba; y su corazon nutrido de los sentimientos religiosos aspiró á la verdadera belleza, seguro de que Dios únicamente es el que nos concede las aptitudes, y el que facilita su desarrollo en los distintos periodos de la vida, como dijo Séneca. (2)

Mas no solo sobresalía Céspedes como pintor. Su génio artístico ansiaba más ancho campo para ejercitarse. El habia cultivado á la vez las tres artes ópticas: ha-

(1) Horacio.—*Arte Poética*.

(2) *De beneficiis*, lib. IV.

bil pintor, era tambien arquitecto distinguido y escultor sobresaliente.

Desde muy temprano gustó ensayarse en obras de escultura, y escriben sus biógrafos que «empleando ceras de colores hacia retratos de gran parecido, y modelos tan acabados, que eran la admiracion de sus aficionados y maestros;» (1) modelos de los cuales luego se servia para pintar sus cuadros de más mérito, como refiere Palomino. (2)

Sin embargo, todos convienen en que su celebridad como escultor, la debió ciertamente á un trabajo que realizó de una manera misteriosa. Habia en Roma una estatua de Séneca, colocada en uno de los lugares más públicos; pero expuesta desgraciadamente á las profanaciones del arte, llevadas á cabo la mayor parte de las veces por la incuria de las autoridades, de que suelen aprovecharse niños mal educados ó los vagos maliciosos. Pues bien, Céspedes, entusiasta admirador de su compatriota Séneca, hacía el que su maestro Ambrosio de Morales despertó en su corazon especial afecto, contempló con disgusto aquella mutilada estatua, á la que faltaba la cabeza, y prevalido de su intuicion artística, recogió en los libros del gran filósofo cordobés las líneas y contornos de su rostro, y al efecto esculpió con tal maestría la cabeza que á la estatua faltaba, que al aparecer una mañana sobre los hombros de la estatua mutilada y tener noticia de su autor, el pueblo gritó entusiasmado: *Victor lo spagnuolo*. (3)

(1) Tubino, *Biografía*. Palomino, *Vida de los Pintores eminentes españoles*. Pacheco, lib. 1.º, cap. III.

(2) *Vida de los Pintores españoles*.

(3) Dice Palomino en su *Vida de los Pintores españoles*, que Céspedes trajo á Córdoba el modelo de esta cabeza, que se conservó con esta tradicion entre sus compañeros en el arte.

Cuando Céspedes empezó á ver coronados sus desvelos, y tocaba, puede decirse, á la meta en su carrera de artista, recibiendo la recompensa de sus afanes en los plácemes de los hombres más eminentes de aquella época, contristaron su corazon circunstancias las más desagradables

Su amigo íntimo y maestro, Federico Zuccaro, se ve precisado á abandonar á Roma, para no sufrir los enojos del Pontífice, á causa de haber en cierto modo profanado una de las iglesias más concurridas, poniendo en su pórtico en un dia festivo un cuadro intencionado, en el que ridiculizaba á un elevado personaje de la corte romana. Esta separacion fué para Céspedes en extremo dolorosa. Zuccaro habia sido para él más que un amigo; casi puede asegurarse que un padre. El le habia relacionado con los más renombrados artistas, y le habia recomendado como jóven de grandes esperanzas para el arte. Por esto la separacion de Zuccaro debia ser muy sensible para Céspedes.

Mas no solo este acontecimiento afligió al artista cordobés. Hubo otro para él demasiado doloroso, cual fué la muerte de Juan de Verzosa, el amigo íntimo del célebre hijo de Málaga, D. Luis de Torres, que era presidente de la Cámara Apostólica cuando Céspedes llegó á Roma.

Reunia Verzosa especiales condiciones que cautivaban á Céspedes. A más de ser español, (1) de vasta erudicion, y reputado como un gran poeta y consumado filólogo, era sumamente laborioso y de sentimientos los más delicados y nobles. Tenia tambien otra circunstancia muy recomendable, y era una fé viva, que tras-

(1) Juan de Verzosa nació en Zaragoza, y fué enviado á Roma en comision, para estudiar todos los documentos relativos á España, cuya historia debia escribir.

cendia en todas sus obras, especialmente en sus muchas epístolas morales, modelos de erudicion y de buen gusto literario.

Pérdida irreparable para Céspedes debió ser la de un hombre de prendas tan singulares como Verzosa, cuyo talento admiró hasta tal punto, que aun despues de muerto le consagró un recuerdo, escribiendo un bonito epigrama, con el que quiso honrar su memoria. (1)

A más de estos dos sucesos que hemos referido, contribuyó á amargar su corazon la suerte que cupo al proceso del Arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Car-

(1) Este epigrama fué impreso con las poesías de Juan de Verzosa en Palermo en 1575, á espensas de D. Luis de Torres, Obispo de Monreal, metrópoli de Sicilia, al frente de cuya edicion colocó el sábio Obispo una biografía del finado. Dice así el epigrama:

Postquam res Italas evertit barbarus armis
Et pulsa est patriis lingua latina focis,
Nulla meos unquam moverunt carmina sensus,
Jam depravatis edita temporibus.
Tucata lingua speciem nam respuit auris,
Et quod non sano personet eloquio.
At Verzosa, tuo delector carmine, tantum
Me tua dumtaxat carmina docta tenent.
Quæ si venturi est animus jam providus ævi,
Venturi haud dubiis providus auspiciis
Antiquos mira numeros dulcedine vincent,
Flacce, tua venia; pace, Catulle, tua.

Despues que el estrangero destruyó las cosas de Italia
Y la lengua latina arrojada fué de su hogar pátrio,
Jamás me conmovieron versos algunos,
De los dados á luz en tiempos ya corrompidos,
Pues rechaza el oido el modo de decir grosero
Y que no resalta por su sana espresion.
Pero, Verzosa, tan solo tus versos me deleitan,
Tus doctos versos solamente me cautivan
Los cuales, si el ánimo prevee el siglo futuro,
Prevee el siglo que vendrá con ciertos auspicios,
Con su dulzura admirable vencerán los versos antiguos,
Con tu venia ¡oh Flaco!, con tu permiso ¡oh Catulo!

ranza. Lejos de adelantar á favor del Prelado, las cosas se presentaban hasta el extremo de temerse un funesto desenlace. Esto no podia menos de contristar á Céspedes, que desde el principio estuvo interesadísimo á favor de Carranza, y que, como hemos indicado, algunos creen (1) que fué comisionado él cerca de la corte romana para defender y proteger al Arzobispo de Toledo, á quien cupo la suerte de morir el 2 de Mayo de 1576 en el convento de Dominicos de Orvieto, en donde se le encerró, si bien el Papa le levantó las censuras antes de su fallecimiento. (2)

(1) No sabemos con qué fundamento; pues hemos registrado diferentes documentos relativos á este proceso y al curso que siguió en Roma, y nada hemos visto que se relacione con la estancia de Céspedes en la capital del orbe católico. En la biblioteca del Instituto provincial de Córdoba hay un manuscrito curioso del *Proceso Carranza*, y para nada se nombra en él á Céspedes, por más que tuviera relaciones con este Prelado.

(2) Sentenciado por el Papa Gregorio XIII á ser encerrado en el Monasterio de Dominicos de la ciudad de Orvieto, despues de cumplir con la mayor humildad otras penitencias canónicas, en Roma al vis tar la iglesia de San Juan de Letran, donde dijo su última misa, se sintió indispuesto; pero continuó hasta dar la vuelta á la Minerva, teniendo que meterse en cama inmediatamente, recibiendo el viático el 30 de Abril con la bendicion del Papa y absolucion de toda censura, y falleciendo á las tres de la mañana del miércoles 2 de Mayo de 1576, dia de San Atanasio, á la edad de 73 años, á los 18, dos meses y doce dias de su consagracion. El mismo pontífice Gregorio XIII mandó ponerle el epitafio siguiente:

Bartholomæo Carranza Navarro, Dominicano
Archiepiscopo Toletano, Hispaniarum Primati,
Viro genere, vita, doctrina, contione atque eleemo
sina claro, magnis muneribus á Carolo V et
á Philippo II rege catholico sibi commissis,
egregie functo: animo in prosperis, modesto,
in adversis, æquo: obiit anno Domini 1576, die
secunda Maii; Athanasio et Antonino sacro:
ætatis suæ 73.

En esta situacion Céspedes obtiene en forma graciosa una prebenda en la Catedral de Córdoba, que le obligó á abandonar á Roma y regresar á su patria, de donde faltaba hacia tantos años.

Diversas y en su mayor parte equivocadas y erróneas son las opiniones de sus biógrafos al reseñar esta circunstancia de su vida, citando fechas de todo punto inadmisibles. Para dilucidar de algun modo la historia de Céspedes en este periodo, nos vamos á permitir algunas observaciones indispensables de todo punto.

Al principio de estos apuntes hemos indicado que Pablo de Céspedes nació en casa de su tío D. Francisco Lopez Aponte, en cuya casa, segun dijimos, vivia otro sobrino de este llamado Pedro de Céspedes, tío á su vez de Pablo. Pues bien, D. Francisco Lopez Aponte disfrutaba en la Catedral de Córdoba una prebenda, que consistia en un beneficio simple, al que se daba el nombre de *raçion*, sin duda por la forma de cobrar sus emolumentos. (1) La forma de proveer estas preben-

Cuya traduccion es así:

A Bartolomé Carránza Navarro, Dominicano Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, varon esclárecido por su linaje, por su vida, por su instruccion, por su predicacion y por su limosna; que obtuvo preferentemente grandes distinciones concedidas por Carlos V y Felipe II, de ánimo modesto en la prosperidad, tranquilo, en la adversidad: murió el año del Señor 1576, el dia 2 de Mayo, festividad de S. Atanasio y Antonio, á los 73 años de edad.

(1) En los primeros siglos de la Iglesia todos los clérigos se llamaban *canónigos* (*canonici*,) porque todos estaban inscritos en el cánón ó matrícula de la Iglesia respectiva. En la edad media se reservó este nombre á los clérigos, que formando corporacion vivian en vida comun bajo la direccion del Prelado ú otro superior cualquiera. Los canónigos se sostenian con las limosnas ú oblaçiones y además se les daba el alimento y vestido, constituyendo todo, lo que se llamaba *stipendium canonici* ó sea *prebenda*, palabra tomada del verbo *præbeo* que significa *dar*. La historia de la vida comun de los

das siguió las alternativas á que estuvo sujeta la provision de los demás beneficios eclesiásticos.

Pues bien, Francisco Lopez Aponte resignó en manos de Su Santidad la prebenda que tenia, segun hemos dicho, á favor de su sobrino Pedro de Céspedes; pero á reserva de ciertos emolumentos anejos á su Racion, despachándose al efecto las correspondientes bulas para su sobrino, (1) el cual disfrutó el beneficio en vida de su tio.

canónigos tiene tres épocas: la primera principió en el siglo IV, la segunda en el VIII y la tercera en el XI, sin que jamás se consiguiese arraigarla. Es verdad que no hubo nunca cánón conciliar ó decreto pontificio que la prescribiese, ni en los decretales del cuerpo del derecho canónico se encuentra disposicion alguna que la autorice. La vida comun fué extinguiéndose, empezando por comer juntos los canónigos tan solo los dias festivos, hasta que dejaron de hacerlo unidos, completándose la separacion con el hecho de dividir en prebendas ó porciones la masa capitular, sin dejar más que un sobrante, que administró el *arsediano* ó *paborde* del cabildo, para pagar las distribuciones diarias inter *presentes* de las horas canónicas. El estado próspero de este fondo comun permitió el aumento de cierta clase de canónigos, que podian llamarse supernumerarios, á quienes se les daba *racion* determinada, los cuales tomaron el nombre de *extracapitulantes domicelarios* ó *canónigos menores* y despues *racioneros* y *medios racioneros*, á cuyas prebendas iba aneja una casa ó habitacion independiente que se denominaba *curia*. Los racioneros y medios racioneros distinguíanse de los canónigos mayores no solo en lo inferior de sus rentas reducidas á una cantidad fija, sino en la dignidad y atribuciones anejas á los mayores, los cuales formaban hasta cabildo aparte.

(1) En el libro de actas capitulares de la Sta. Iglesia Cathedral de Córdoba, tomo 13, consta que en Cabildo celebrado en 1.º de Abril de 1547, el Br. Pedro de Céspedes presentó las bulas y letras apostólicas, en que su Santidad le hacia provision de la racion que poseia su tio D. Francisco Lopez Aponte, comisionándose al canónigo Mohedano para darle posesion, y D. Francisco Lopez Aponte presentó en el mismo Cabildo bulas de su Santidad por las cuales parecia reservársele frutos y lo demás perteneciente á la dicha racion, todo lo cual se expresa detalladamente en la bula de reservacion.

Mas queriendo á su vez Pedro de Céspedes hacer otro tanto con su sobrino Pablo, resolvió gestionar este negocio escribiéndole, para que lo procurase igualmente por su parte supuestas sus buenas relaciones en Roma.

Desacertados andan sus biógrafos en este punto; afirmando unos que, al tener noticia de una buena vacante en la Catedral de Córdoba, abandonó su profesion de artista y se consagró por completo al servicio del Señor; (1) otros aseguran que Pablo de Céspedes desempeñó esta prebenda en calidad de coadjutor de su tio Pedro, pero en tiempo del Ilre. Sr. Obispo de Córdoba D. Cristóbal Rojas de Sandoval en el año de 1567. (2) Opiniones inadmisibles de todo punto, toda vez que ni Céspedes dejó sus aficiones artisticas, ni mucho menos pudo ser prebendado de Córdoba en tiempo del Sr. Rojas de Sandoval, pues él no dejó á Roma hasta despues de la muerte del Arzobispo Carranza, y, como hemos indicado, esta tuvo lugar en 2 de Mayo de 1576, con lo cual están conformes Cean Bermudez, Stirling y Tubino.

Hubiera podido Céspedes al regresar á su pátria ocupar posicion más brillante, y la fortuna le brindó con ella ciertamente. Por entónces el gran monarca de España Felipe II, deseando embellecer ese gran monumento, que se levantara en España, para conmemorar una de nuestras más grandes victorias, (3) el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, obra gigantesca

(1) Baglione.

(2) Palomino en su *Vida de los Pintores Españoles*, refiriéndose á Pacheco *Libro de la Pintura*, pág. 336.

(3) La batalla de S. Quintin, ganada á los franceses el 18 de Agosto de 1557, dia de S. Lorenzo, por lo cual se dió al edificio el nombre de este Santo, y á su planta la forma de unas parrillas, para recordar el martirio de este glorioso atleta de Cristo.

llevada á cabo por este Monarca, bajo la direccion de los arquitectos españoles Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, en esos tiempos tan dura y tan inconscientemente calificados por algunos modernos escritores de tiempos del oscurantismo y del retroceso, resolvió llamar á los más renombrados pintores de aquella época. Al efecto, valiéndose de su embajador en Roma, D. Enrique de Guzman, Conde de Olivares, propuso á Federico Zuccaro viniese á España con el objeto de pintar en el referido Monasterio; y se dice (1) que Zuccaro al hacerle la proposicion contestó que ninguno más propósito que Pablo de Céspedes: tal concepto le merecia y tal era su reputacion como pintor.

Céspedes, que indudablemente por la recomendacion de Zuccaro, como ya sucedió en Roma en otro tiempo, pudo grangearse altas relaciones, en su modestia y aleccionado en su larga experiencia de las vanidades del mundo, prefirió reducirse á la humilde posicion que se le ofrecia en Córdoba.

Gran mision le estaba reservada en su pátria á Pablo de Céspedes, dadas las singulares circunstancias por las que atravesaban en ella los estudios artísticos, dominados, puede decirse, por el espíritu reformador de aquella época.

Empero, cualidad es connatural á los españoles el no someterse fácilmente á yugos extranjeros. Hé aquí por qué todos los esfuerzos en el terreno del arte reducíanse por entónces á sacudir el ya prepotente dominio de las escuelas extranjeras, y sin rechazarlas en absoluto, antes bien, sirviéndose de sus mismos materiales, crear un arte español clásico, que competir pudiera con el de las demás naciones.

(1) Pacheco en su *Libro de los Retratos*.

Pablo de Céspedes, y en su nombre el beneficiado de la Catedral de Córdoba Gonzalo Estaquero en 8 de Agosto de 1577, segun consta de los citados libros capitulares, presentó las bulas, en que se concedia á su representado la racion, que en la misma catedral poseia el Bachiller Pedro de Céspedes. Nombrados, segun costumbre y estatutos, dos canónigos, Hernando Gaitan y el Dr. D. Cristóbal Vallecillo para examinar los documentos, lo hicieron escrupulosamente, dando cuenta al Cabildo en el celebrado el 9 del mismo mes, que reunian estos todos los requisitos, acordándose en su vista cumplirlos, luego que se llenase por el agraciado otra condicion, no menos indispensable para ser prebendado entónces. Era esta acreditar no ser descendiente de moros, judios conversos, ni penitenciados por la Inquisicion.

Hecha esta informacion de limpieza de sangre por el Dr. Muñoz de órden del Provisor general del obispado D. Francisco Velarde de la Concha, tanto en Ocaña como en Noblejas y Alcolea del Torote, pueblos de donde era oriunda su familia, y despues de otras declaraciones prestadas por su mismo bienhechor y tio relativas á este mismo punto, púsosele en posesion de la racion el dia 7 de Setiembre de 1577, por el Sr. Dr. del Aguila, jurando en manos del Sr. Provisor y del prebendado, Obispo electo de Cartagena, los estatutos y loables prácticas de la Iglesia de Córdoba, y demás de costumbre, conforme aparece original en los antedichos libros, que se conservan en la mesa capitular de dicha Santa Iglesia.

Desde el momento que tomó posesion Pablo de Céspedes de la prebenda, que le fué concedida por resignacion de su tio y gracia de Su Santidad, empezó á recibir singulares pruebas de aprecio y de consid. racion,

no solo por parte del Cabildo, sino muy especialmente del R. Obispo de la Diócesis, entónces D. Bernardo de Fresneda, quienes no podian menos de reconocer las excelentes dotes del nuevo prebendado.

A la vez que con la mayor puntualidad levantaba las cargas de su prebenda, consagrábase con empeño á cultivar sus aficiones artísticas, hasta el punto de abrir, segun dicen algunos de sus biógrafos, una escuela en su misma casa, que habia procurado convertir en un rico museo. Muchos son los que se citan como discípulos de Céspedes, aunque no de todos pueda afirmarse con toda certeza. Sin embargo, está fuera de duda que recibieron sus lecciones el antequerano Antonio de Moledano, el cordobés Zambrano, el rondeño Alonso Vazquez, Fray Adriano, Donado de los carmelitas descalzos del convento de Córdoba, Juan de Peñalosa, Antonio Contreras y algun otro.

Los resultados que obtendria en la enseñanza, pueden apreciarse por las influencias que de él recibiera el arte andaluz, iniciado por Sanchez de Castro, y desarrollado y perfeccionado paulatinamente por Gaspar Berra, Luis de Vargas, Pedro Villegas, Pedro de Raxis y otros muchos, en cuanto fué dable atendidas las circunstancias; pues, como rectamente dice un escritor contemporáneo, «el arte como la naturaleza, no prece-
de por saltos, sino en série, donde se suceden en tiempo y sazon oportunos las evoluciones del principio generador.»

Grandes esfuerzos habia hecho el arte, especialmente en Andalucia, por sustraerse al dominio extranjero; sin embargo, apenas habia dado un paso en esta gloriosa jornada, limitándose no más que á algunas tentativas ó ensayos llevados á cabo con timidez y sin desenvoltura. Reservada estaba á Pablo de Céspedes la gloria de

dar carácter y originalidad al arte pátrio; y hé aquí por qué sus lecciones fueron sumamente útiles y de excelentes resultados.

Todo favorece al racionero cordobés, para ejercer gran influencia en su tiempo. Relacionado con los hombres más eminentes de su época, no podia menos de cooperar con su gran talento á dar impulso á cuanto debia contribuir al mayor engrandecimiento de su patria, y así que le vemos auxiliando en sus trabajos sobre *Antigüedades Pátrias* al célebre Ambrosio de Morales, su paisano y amigo; á Fernandez Franco, con quien sostuvo larga y erudita correspondencia, de la cual se conservan algunos restos, (1) que cita Cean Bermudez, sobre todo los relativos al destino que tuviera el lugar que ocupó despues la mezquita de Córdoba, en los cuales demostró con profundos razonamientos que durante el periodo de la dominacion romana en España, en el mismo sitio que hoy ocupa la Catedral de Córdoba, hubo un templo pagano, consagrado al Dios Jano.

Y en efecto, algunas otras investigaciones sobre este mismo punto han venido á comprobar la afirmacion de Céspedes; si bien algunos quieren sostener fué cristiano y no pagano el templo que en este lugar hubiera, añadiendo que aun sus torres fueron el último baluarte, donde se atrincheraron los cristianos cordobeses,

(1) Era costumbre laudable entónces el comunicarse los hombres eruditos y auxiliarse mutuamente con sus conocimientos. Así vemos que por aquella época sostenian esta clase de correspondencia Ambrosio de Morales y su hermano Agustin de Oliva, célebre médico, Fernandez Franco, Fray Alonso Chacon, Blas Segura de Ubeda, Godofredo Léscaro, Arias Montano, Pedro de Valencia y otros varios; ocupacion provechosísima, que debiera no haberse interrumpido, y que en Córdoba en nuestros tiempos han seguido alguno que otro.

para defender sus creencias y su pátria de la invasion sarracena. (1)

Cuánta razon llevaba Céspedes en sostener, que en el emplazamiento de la mezquita cordobesa existió durante la dominacion romana un templo pagano, lo han venido á confirmar posteriormente otras investigaciones arqueológicas; pues aquí debió suceder lo que en otros muchos puntos, en donde el cristianismo, al salir de las catacumbas, modestas mansiones, á las que le relegaran las persecuciones de los emperadores de Roma, utilizó ciertamente los mismos que fueron un dia templos paganos para su culto y sus ceremonias, conservándoles en alguna de sus partes, hasta los nombres gentílicos, para que de este modo se realizase de una manera más palpable la transformacion, que en el mundo estaba llamado á realizar esa religion bendita, que venia á convertir, como dijo Isaias, «*lo torcido en derecho y lo áspero en llanura*. (2)

Bien pronto fué llamado Céspedes á demostrar sus habilidades artísticas en Córdoba. El Cabildo de la Santa Iglesia Catedral le confió la pintura de un velo para el altar mayor, cuyo trabajo llevó á cabo con gran maestría, atestiguando sus conocimientos y pericia, al mismo tiempo que probó su desinterés, no permitiendo se le diera absolutamente nada, si bien el Cabildo le dispensó de la asistencia canónica todo el tiempo que estuvo de-

(1) Acaso confunden este lugar con el templo de S. Jorge, que es precisamente, segun se desprende de indubitados documentos, el que fué convento de Sta. Clara, y que por cierto debió conservarse á todo trance destinado al culto católico, como recuerdo histórico de gran honra para los cordobeses, cuyos antepasados sellaron allí con su sangre su fe y su patriotismo, inseparables siempre en todo el que de español se precia verdaderamente.

(2) *Erunt prava in directa et aspera in vias planas*. Isai. cap. 40, vers. 4.

dicado á esta ocupacion, acordándolo así en junta celebrada el 27 de Julio de 1579. (1)

Este trabajo y su solicitud siempre por cuanto pudiera contribuir al engrandecimiento de su patria y muy particularmente de Córdoba y la Santa Iglesia á la cual perteneciera, le grangearon más y más la estimacion de todos, hasta el punto que no habia asunto de alguna importancia para el cual no se le buscasse, en la seguridad que seria resuelto de la manera más favorable.

Casi todos los cargos capitulares fueron confiados sucesivamente á Pablo de Céspedes, segun hemos visto en los libros de actas del Cabildo de Córdoba, hasta el extremo que no hemos registrado apenas una junta de las anuales para provision de cargos, en que Céspedes no figure elegido para alguno, y siempre de los más importantes: tal era la confianza que el Cabildo tuviera en su aptitud y relevantes dotes.

Sin embargo, dos comisiones especiales le fueron encomendadas por el referido cuerpo capitular, que atestiguan cuánto pudiera esperarse de su valioso concurso.

Como en aquellos tiempos las corrientes revolucionarias aun no habian arrancado la administracion y direccion de la Beneficencia pública de manos de la Iglesia, que es la única llamada en primer término á realizar en todos sentidos y por todos conceptos el precepto de la caridad cristiana, producto únicamente de esa religion divina, que vino á predicar al mundo un Dios, todo amor para la humanidad, de esa religion purísima, cuya mision no es otra, segun el apóstol Santiago, que

(1) Segun aparece de los libros capitulares y las cuentas presentadas por el entónces obrero Pedro Hernandez de Valenzuela, este velo costó nueve mil maravedis solo el lienzo y los colores; pues el trabajo de pintura lo dispensó Pablo de Céspedes.

socorrer al huérfano y al desvalido, y no contaminarse del pestífero y corrompido ambiente del siglo, (1) el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral cuidaba de las casas de beneficencia que habia en Córdoba, ejerciendo un *protectorado*, que de todo derecho le correspondiera, y que jamás ha debido perder, corrigiendo en todo caso algun abuso que cometieran los llamados inmediatamente á ejercerlo.

Pues bien, en 23 de Octubre de 1580 nombróse en comision á Pablo de Céspedes y á D. Gonzalo Flores Carvajal, arcediano de Castro, para poner remedio al estado lamentable en que se encontraba la casa de Expósitos, reducida á tal estrechez, que apenas podia atenderse á la alimentacion y crianza de los desgraciados huérfanos. Dió tan buen resultado esta comision, que á sus gestiones se debió el que las autoridades y cuantos tuvieran que intervenir en lo relativo á esta casa, ofrecieron coadyuvar á reparar el abandono en que estaba, dictándose al efecto las órdenes más eficaces por el corregidor de la ciudad.

Desempeñó además otra comision no menos interesante, y esta fué cerca de la córte Romana. Los preceptos sobre el Estatuto de limpieza eran tan terminantes y rigurosos, que á nadie se le dispensaba de esta formalidad. El Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, celoso entónces de su decoro y superior prestigio, no admitia, ni podia admitir en su seno á los que fuesen de dudoso origen, ni á los que á un limpio abolengo no añadiesen especial suficiencia para desempeñar los altos cargos que los Cánones y disciplina de la Iglesia en-

(1) *Religio munda et immaculata apud Deum et Patrem hæc est: Visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc sæculo.*—Epist. St. Jacob. cap. 1.º, vers. 27,

comiendan al cuerpo capitular en general, y en particular á cada uno de sus individuos.

Esta solicitud que mostrara siempre el Cabildo de Córdoba por su propia honra, no recibiendo en su seno sino á personas de las creencias más puras y de la más esmerada instruccion, le obligaba á velar incesantemente por sus Estatutos en esta materia.

Habiase, pues, nombrado prebendado de Córdoba á un tal Juan Rubio de Herrera, residente en Roma. Negose este á hacer la acostumbrada informacion de limpieza, fundado sin duda en que antes de obtener dicho nombramiento era bastante conocido de la corte Pontificia, en donde constaban todos sus antecedentes. Entonces el Cabildo de Córdoba, para prevenir cualquier disposicion que en Roma se tomara menos conveniente á sus Estatutos y costumbres, comisionó á Pablo de Céspedes, el cual partió para la capital del orbe católico antes de concluir el año de 1580, con todos los poderes y autorizaciones indispensables, para defender al Cabildo y evitar se lastimasen sus derechos: celo verdaderamente recomendable, pero que á veces pudo y pudiera convertirse en indiscrecion, toda vez que cuando los superiores gerárquicos, en uso de legítimas é indiscutibles facultades, resuelven de plano, á los súbditos no les es dado más que acatarlas, teniendo presente aquella célebre máxima de S. Felipe Neri «Que el que obedece, no tiene que dar á Dios cuenta de lo que hace.»

Céspedes en Roma con la prudencia que requería el caso, dirigió sus genticiones hábilmente, salvando los derechos de su Cabildo y á su vez los que pertenecen á la Santa Sede, que era precisamente cuanto debia procurarse.

Durante su permanencia en Roma, donde estuvo cerca de dos años, no pudo menos de estudiar profun-

damente sus antiguos modelos y perfeccionar más y más sus conocimientos, si bien el lamentable estado en que se encontraba el arte en la ciudad Eterna, debía llenar su corazon de pesar, conociendo como debía conocer que las nuevas reformas le habian herido de muerte, y que falto de inspiracion y de vida su ruina era de todo punto inevitable.

Pasados, como hemos indicado, unos dos años y concluida su mision en Roma, regresó á Córdoba, recibiendo inequívocas muestras de satisfaccion y agradecimiento, tanto de parte del Cabildo, como de sus particulares amigos, que otra vez más no pudieron menos de admirar su raro talento, su acrisolada virtud y sus profundos conocimientos.

Despues del viage á Roma, y deseando ensanchar puede decirse su esfera de accion en el arte, quiso visitar la capital de Andalucía, ansiando comunicar con los doctos varones que allí residian, y seguir paso á paso los progresos que el arte de ellos consiguiera.

Obtenida la correspondiente licencia del Cabildo, y despues de haber auxiliado á Ambrosio de Morales en el arreglo del cuaderno para el rezo de los Santos de Córdoba, pasó á Sevilla en el mes de Agosto de 1585, segun consta del acta capitular en que se le otorgara el permiso. Todo el tiempo que permaneció en Sevilla lo consagró á sus tareas favoritas. Reducido á su modesto albergue, que como su casa de Córdoba, procuró convertir en una especie de museo, era visitado por cuantas personas tenian noticia de su raro talento y de su vasta erudicion. Escuchábanse sus consejos con particular esmero y sus lecciones eran estimadas de todos.

Así tenia que suceder precisamente: Céspedes habia profundizado mucho en el arte: conocia perfectamente su verdadero ideal, y fijo en él siempre, no se

dejaba llevar por el espíritu reformista de la época. Las escuelas andaluzas entónces reinantes de Granada, Málaga, Córdoba y Sevilla, debían experimentar el benéfico influjo de un maestro tan perfeccionado como el Racionero de Córdoba. A estas escuelas, cuyo desarrollo era por demás creciente, faltábales un norte fijo, y este es el que Céspedes les proporciona. Ellas habían librado batalla desigual con el espíritu reformador del Renacimiento, y tuvieron que someterse algun tanto á su opresor yugo; pero Céspedes rompe puede afirmarse las cadenas, y dice al colosal gigante, que en todas esferas pretendia imponerse: «El arte andaluz conservará siempre su autonomía.»

Y en efecto, todos los esfuerzos del arte andaluz bajo la direccion de Pablo de Céspedes y su escuela fueron el escluir cuanto en la restauracion neo-clásica, pudiera estimarse como privativo de una civilizacion, que no fuese la española. Segun dice perfectamente un escritor de nuestros dias, su filosofía consiste en proclamar en toda su pureza la tradicion religiosa; pero la tradicion religiosa nacional sin modificaciones ó alteraciones gratuitas, sino tal como la heredaran de sus antepasados.

Hé aquí por qué sus lienzos eran tan buscados por las corporaciones y por los particulares, deseosos de tener una obra del Racionero de Córdoba, que consideraban como una adquisicion importantísima. Lástima que hayan desaparecido tantos cuadros como pintó en Sevilla, y que seguirian sin duda la suerte que cupo á muchos de los que hizo en Córdoba.

Despues de año y medio regresó Céspedes á Córdoba, sin duda á principios del año de 1587; pues ya figura entónces en el número de los asistentes á las juntas ó cabildos de la Sta. Iglesia, segun se ve en el libro de actas de aquella época.

A su regreso se le encargan particulares trabajos artísticos, que llevó á cabo con singular maestría, algunos de los cuales aun se conservan. Notables fueron por todos conceptos los que realizó en la Iglesia de la casa-colegio de Jesuitas. En primer lugar un magnífico retablo para el altar mayor, que adornó con lienzos de gran mérito, entre los que se citan por sus biógrafos el del *Martirio de Sta. Catalina*, la *Degollacion y el entierro de la Santa*, el *Sacrificio de Abraham*, la *Serpiente de metal*, y además para otro lugar diferente del altar mayor pintó tambien un *Crucifijo con la Virgen y San Juan*, la *Oracion del Huerto*, los dos *San Juanes* y un *Niño Jesús en gloria*. Igualmente hizo otro cuadro de gran mérito para los claustros, que representaba la *Anunciacion de la Virgen y los Apóstoles*. Del mismo pintó para la Iglesia de los Mártires un lienzo con la efigie de *San Pedro* y para el refectorio la *Ultima Cena*, y para el convento de Santa Clara á Santa Ursula con sus compañeras; obras todas en las cuales se revelaba su gran génio artístico, y la originalidad y carácter propio, que se propuso imprimir siempre al arte, despojándole del espíritu reformista del Renacimiento.

El Cabildo de la Santa Iglesia Catedral en aquellos felices tiempos, en que contaba con recursos suficientes para emprender toda obra, que contribuir pudiera al esplendor y magnificencia del culto, amante siempre del decoro de la casa del Señor en expresion del Salmista, (1) resolvió construir un retablo para la capilla mayor. Al efecto encargáronse varios maestros del trazado, entre los cuales figuró Céspedes en primer término, presentando su proyecto tan acabado y perfecto,

(1) *Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ. Ps. 25, vers. 8.*

que cautivó la admiración de todos los inteligentes; si bien no fué el que se adoptó, quizá, como escribe Pacheco, por su misma grandeza.

De este modo Céspedes se daba á conocer por su laboriosidad y buen gusto artístico, así como también sus discípulos honraban al maestro con trabajos de gran valor, haciéndose notables ora en Córdoba, ora en Sevilla; sobresaliendo especialmente César de Arbasia y Antonio Mohedano, que en el Sagrario de la Santa Iglesia practicaron trabajos artísticos, los cuales acreditaron cuanto debiera el arte á Céspedes, bajo cuya dirección sin duda se realizarían. La fama de Céspedes era, tan extraordinaria, que se gloriaban de tenerle á su lado las personas más distinguidas. Por eso el célebre arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, al querer rodearse de cuantos sobresalían por aquella época en la ciencia y en la virtud, procuró con particular solicitud cultivar la amistad del Racionero de Córdoba, y al efecto brindóle con su afecto y con su protección, dándole á su vez un puesto de honor en el círculo de sabios y de artistas con que quiso rodearse, hasta el extremo que asegura Pacheco, «le tuvo en su mismo palacio y le pintó muchas cosas.»

Las relaciones que Céspedes sostuviera con tan eminente prelado, ilustre por su abolengo, como descendiente de los Condes de Trastámara y de Lemus, así como también por su ilustración y virtudes, atestiguaron otra vez más la humildad singular y recomendables cualidades que adornaban al prebendado cordobés. Lejos de utilizar en provecho propio esta amistad, firme en su propósito de vivir una vida modesta y escondida, jamás fué su ánimo servirse del Cardenal Arzobispo para ascender en su carrera; antes por el contrario procuró contribuir al bienestar y engrandeci-

miento de sus amigos y á hacer á todos el mayor bien posible. Por eso lo mismo en vida que despues de muerto honró particularmente su nombre, sus virtudes y su talento, poseido de la gratitud que siempre conservara hácia persona tan distinguida por sus merecimientos, y tan digna del aprecio y consideracion de todo hombre sensato y amante de las glorias de nuestra pátria.

Céspedes se granjeaba en todas partes las mayores simpatías. Contribuía á esto su bellissimo carácter: era tal su afabilidad, que bastaba hablarle una vez para desear su amistad y procurarla de todos modos: para él la envidia y el ódio fueron cosas desconocidas y casi imposibles. He aquí por qué cuantos le conocieron y donde quiera que pudieron admirar su raro talento y singulares dotes, aspiraron á conservar de él algun recuerdo: por eso son tantos los que se conservaron en Sevilla.

Ya hemos dicho que practicó muchos trabajos pictóricos en la capital de Andalucía. Bastarian el célebre lienzo de San Hermenegildo y el del «Convite que los Angeles hicieron á Jesús en el desierto» que efectuó para la Iglesia de los Jesuitas y las pinturas de los zócalos de la Sala Capitular de la Catedral, para probar su aptitud, y al mismo tiempo para acreditar cuanto se procuraba conservar sus trabajos, á los cuales ni aun el mismo Murillo, el pintor inspirado, se atrevió á tocar, cuando se le encargara cincuenta años despues el completar la ornamentacion de aquella estancia.

En prueba de esto mismo podemos citar el empeño con que el célebre artista sevillano Francisco Pacheco deseó tener su retrato, que gracias á una persona muy amante del arte pátrio, aun se conserva en el mismo estado que el día en que se practicara.

Pacheco, en efecto, que se honraba con la amistad y trato del racionero cordobés, el cual amenizó con sus producciones literarias la tertulia que á fines del siglo XVI se estableciera en su casa, y á la cual concurrían los hombres más eminentes de entónces, tuvo vivísimo interés en hacer él mismo el retrato de su contertulio; así como ya tenía hechos los de otros con el propósito sin duda de publicar algún día un libro de retratos y elogio de varones ilustres. No contento con llevar á cabo el retrato de su amigo, aun le dedicó un precioso soneto, (1) á más de los inspirados versos, que al mismo objeto escribiera Juan Antonio del Alcazar.

¡Lástima que no se hubieran conservado las controversias literarias habidas en casa de Pacheco y en las que tanta parte tomó Pablo de Céspedes!

Sin embargo, no todo se ha perdido. Pacheco, que supo apreciar cuanto valían las lecciones de hombre tan ilustre, cuidó de recogerlas, y ellas fueron la base del precioso libro, que hasta nuestros días ha llegado con el título de «Arte de la Pintura.»

Aunque Céspedes tenía un corazón extraordinario, ese *pectus bene preparatum* de que nos habla Hora-

- (1) Céspedes peregrino, mi atrevida
Mano intentó imitar vuestra figura
Justa empresa, gran bien, alta ventura,
Si alcanzara la gloria pretendida.
Al que os iguale solo concedida,
Si puede haberlo en verso ó en pintura,
O en raras partes, que en la edad futura,
Darán á vuestro nombre eterna vida.
Vos ilustrais del Bétis la corriente
Y á mí dejais en mi ardimiento ufano
Manifestando lo que el mundo admira:
Mientras la fama va de gente en gente
Con vuestra imágen de mi ruda mano
Por cuanto el claro eterno Olimpo mira.

cio, (1) sin embargo, no podia sustraerse en absoluto á las grandes impresiones que habian de producirle acontecimientos para él dolorosísimos, sobre todo hallándose como se hallaba en el último cuadrante de la vida.

A fines del siglo XVI habian muerto sus más íntimos amigos, Ambrosio de Morales, (2) Arias Montano, (3) Herrera y Villegas Marmolejo; (4) y el siglo XVII no habia empezado para Céspedes con mejores auspicios. Su tío y bienhechor Pedro de Céspedes falleció en 1601, y muy poco despues el por tantos titulos célebre D. Rodrigo de Castro y el incansable Fernandez Franco, cuyos trabajos histórico-geográficos nunca seran bien alabados.

Estos golpes habian de causar honda sensacion en el ya anciano Céspedes, que apenas encuentra lenitivo en sus faenas literarias y artísticas. En vano repasa y corrige su «Poema de la Pintura» y algunas otras obras escritas en sus juveniles años, siguiendo el precepto del autor de la «Epístola á los Pisones.» (5) En vano á instancias de su buen amigo el Obispo Simancas, continúa el «Poema sobre el cerco de Zamora,» tiempo ha comenzado: todo esto no puede distraerle del gran pesar que acibara su alma con pérdidas tan irreparables.

(1) Oda X.

(2) 1591.

(3) 1595.

(4) 1597.

(5) Sæpe stylum vertas... Y aquel otro: Si quid tamen olim
Seripseris, in Metii descendat judicis aures
Et patris et nostras; nonumque prematur in annum
Membranis intus positis. Delere licebit,
Quod non edideris; nescit vox missa reverti.

Horacio: *Arte Poética*.

Ya no cuenta con el acendrado cariño del que fué para él un segundo padre, su tío Pedro de Céspedes, y á cuya sombra y bajo cuya égida había visto correr sus mejores años, y había hecho sus trabajos artísticos y desarrollado su talento. Faltábaule igualmente esos amigos queridísimos y sinceros, á quienes consultaba y con quienes controvertía, para afirmarse en sus propósitos y para realizar sus grandes concepciones. Y á todo esto añadiré que los años se pasaban fugaces, y ni su ingenio, ni su honradez, ni su piedad detener podían las arrugas y la vejez, valiéndome de la frase de Horacio. (1)

Sin embargo, hace el último esfuerzo, y en 1603 emprende un viage á Sevilla, que fué el postrero que realizara. Busca en vano distracción á sus aflicciones, admirando los trabajos de sus discípulos y amigos, y reiterando sus consejos y sus lecciones. Da el último adiós á su querida Sevilla y se vuelve á Córdoba á poco, para entregar su espíritu á Dios, allí donde viera por primera vez la luz de la vida

Desde su regreso de Sevilla, Céspedes empezó á sentirse indispuerto, y ya á principios de 1604 se agravaron mucho sus padecimientos físicos. Sin embargo, su espíritu no envejece al parecer, y estos últimos años sostiene una correspondencia interesantísima bajo todo punto de vista con el docto Pedro de Valencia.

Nació Pedro de Valencia en Córdoba en 1554, si bien su familia era de una de las mas importantes poblaciones de Extremadura; se dedicó á los estudios lingüísticos, cultivando con gran provecho las lenguas latina, griega y hebrea, á la vez que profundizaba en la

(1) Eheu! fugaces, Postume, Postume
Labuntur anni: nec pietas moram
Rugis, et instanti senectæ
Adferet, indomitæque morti.—Oda XIV.

Filosofía y la Teología y principalmente en la Historia. Siguiendo, pues, la costumbre de aquellos tiempos, Pedro de Valencia comunicaba con los hombres más doctos de su tiempo, entre los cuales figuraba Céspedes en primera línea según indicamos ya.

Consultábase Pedro de Valencia en los puntos históricos que trataba de dilucidar, y escuchaba y respetaba sus opiniones extraordinariamente.

Aun se conserva parte de esta correspondencia entre Céspedes y Valencia, y en toda ella se echa de ver la grandeza de alma del Racionero de Córdoba, sus sentimientos generosísimos y levantados, y su carácter apacible y sincero.

No solo con Pedro de Valencia sino también con Diego Fernandez Franco en sus últimos años también sostuvo erudita correspondencia sobre materias arqueológicas. En Sevilla, en la Biblioteca de la Santa Iglesia Catedral, existen fragmentos de esta correspondencia, que atestiguan lo mucho que valía Céspedes y sus profundos conocimientos en antigüedades históricas.

Estos trabajos y alguno que otro que realizara, conforme se lo permitían sus padecimientos, tales como el «Discurso sobre el templo de Salomón» y la «Carta sobre la pintura que escribió á Francisco Pacheco,» acreditan su laboriosidad hasta el borde puede decirse del sepulcro.

Más corriendo los años, sus dolencias se van aumentando, y ve acercarse el término de su existencia: pero fijos sus ojos en Dios, y sostenido siempre por esa gran fe y acendrada piedad, que sus mismos progenitores y bienhechores le inspiraran, y que con tanto empeño procuró conservar toda su vida, da su adiós al mundo con esa tranquilidad de conciencia, con esa paz

interior, de que solo puede holgarse el que siempre cumplió con su deber y el que llenó plenamente la misión que se le confiara aquí en la tierra.

Ocurrió su fallecimiento el 26 de Julio del año 1608, día de Santa Ana, siendo generalmente sentido y llorado por cuantos tuvieron ocasión de conocerle y admirar sus relevantes dotes.

Diósele sepultura por el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, delante precisamente de la capilla donde se revestia (1) y sobre su sepulcro se colocó la lápida que aun existe con el epitafio siguiente:

Paulus de Céspedes, hujus a^lmæ
Eclesiæ porcionarius, picturæ
Sculpturæ, architecturæ, omniumque
Bonarum artium, variarumque
Linguarum peritissimus, hic situs est.
Obiit anno Domini MDCVIII
Septimo Kalendas Sextilis.

Con su muerte desaparecieron muchas de sus obras, y gracias á su amigo y admirador Pacheco y al célebre pintor cordobés Alfaro, se ha podido conservar algo de lo mucho que realizara.

De sus composiciones en prosa consérvanse el «Discurso dirigido á Pedro de Valencia» publicado en el «Diccionario de Artistas de España» por Cean Bermudez, y algunos fragmentos del «Discurso sobre el templo de Salomon,» la «Carta dirigida á Pacheco sobre

(1) La capilla de San Pablo, cuya escultura se cree que tambien es obra de sus manos, sobre todo la cabeza, que tiene gran parecido, con las del cuadro de la *Cena*, que se conserva al lado del Misrhad, del cual cuadro refiérese que al notar Céspedes que todos los que lo veían se fijaban en el jarro, pintado delante, exclamó, llamando á su criado: Andrés, Andrés, borra ese jarro, ¿es posible que no se repare en tantas cabezas y manos, y se fijen todos en esa impertinencia?

los diferentes modos de pintar»; habiéndose perdido completamente su «Cuaderno para el rezo de los Santos Mártires de Córdoba», que trabajó con su amigo y paisano Ambrosio de Morales, el «Discurso sobre la Catedral de Córdoba», el «Discurso sobre el Monte Taura», sus «Cartas sobre las antigüedades andaluzas y sobre las antigüedades de Córdoba» y el «Tratado sobre la perspectiva, teórica y práctica.»

De lo que escribió en verso, tenemos aunque incompleto el «Poema de la Pintura», el «Poema en elogio de Fernando de Herrera» y algunos otros de menor importancia. Ocupa lugar preferente sin duda el «Poema sobre el cerco de Zamora», que, como hemos dicho, publicó á ruegos de su amigo el Obispo Simancas, y además el «Epígrama latino en honor de Juan Verzosa.»

De sus pinturas tenemos en la Santa Iglesia Catedral de Córdoba el cuadro que existe, si bien retocado, en la capilla de Santa Ana, y que representa á esta piadosa madre con la Virgen y el Niño Jesús, San Juan Bautista y San Andrés. Cuadro sin verdad histórica, sino puramente piadoso, un *pensiero*, como dicen los italianos; es decir, una imaginación.

Además existe en la misma Santa Iglesia un cuadro de la «Última Cena», que puede competir con el de Juan de Juanes y aun con el de Leonardo de Vinci, que se conserva en Milan, cuyo cuadro 'desgraciadamente se encuentra no muy bien conservado. Esta obra es de indisputable mérito, que honra á Céspedes, y que el Ilmo. Cabildo de Córdoba debe cuidar no se pierda, como uno de los mejores recuerdos del artista Racionero.

Hay por último en la Catedral otros cuadritos que representan «Episodios sobre la vida del joven Tobías»,

Cuadro eh!

los cuales ocupan el zócalo del retablo que contiene el citado cuadro de Santa Ana.

Todos los que practicara para la Iglesia de la Compañía de Jesús (hoy parroquia del Salvador y Santo Domingo de Silos), fueron trasladados á Madrid, al sustituir el antiguo retablo del altar mayor por el churrigueresco que hoy existe, perdiéndose unos y conservándose otros en la Real Academia de San Fernando. Ignórase igualmente el paradero del cuadro que hizo para el convento de Santa Clara, en el que se representaba á Santa Ursula.

Con algun más cuidado y estima se han guardado sus producciones artísticas realizadas en Sevilla, y tanto por el Ilmo. Cabildo, cuanto por los particulares y lo mismo por el Museo, son tenidas en gran consideracion en testimonio del aprecio que siempre tuvieron al artista Céspedes, cuyo relevante mérito han sabido apreciar en todo cuanto vale, al modo que lo han hecho tambien en el extranjero.

Al terminar estos modestos «Apuntes», séanos lícito consignar para gloria de Córdoba y en general de nuestra patria, que Céspedes fué ciertamente la salvacion del arte en España en ese momento histórico, en que trabose encarnizada lucha entre la naciente filosofía y la veneranda tradicion, en ese momento crítico de vacilacion para las más altas instituciones, en el que fué preciso todo el talento, todo el heroismo del Racionero cordobés, todo su patriotismo y toda su fe, para librar al arte español del imponente y amenazador yugo de las nuevas doctrinas, conservando su originalidad sin prescindir de los poderosos elementos artísticos que la naciente escuela importara en nuestro suelo; pero demostrando hasta la evidencia que es difícil someternos en ningun orden á extraño dominio, y que

la independencia y la verdadera libertad estan encarnadas en los corazones españoles, merced á nuestros religiosos y patrióticos sentimientos, los cuales informaron é informarán siempre todas nuestras empresas, y caracterizan nuestra actividad en todas las esferas.

Digno por tanto es Pablo de Céspedes de la memoria y admiracion de todo verdadero español, y su nombre debiera immortalizarse, dándole un lugar preferente á sus cenizas y dedicándole honroso mausoleo al lado de otros cordobeses ilustres que yacen puede decirse en el olvido, acreedores sin duda á más noble y gloriosa recompensa.





